

Joseph Scharbert, de la Universidad de Munich, es autor de numerosos estudios sobre el Antiguo Testamento y ha atraído la atención por sus dos volúmenes sobre *Die Propheten Israels bis 700 v. Chr.* (1965) y *Die Propheten Israels um 600 c. Chr.* (1967), así como por su obra *Prolegomena eines Alttestamentlers zur Erbsündenlehre* (1969), traducida al castellano por la E. Verbo Divino con el título *¿Pecado Original?* En la obra que hoy se presenta, Scharbert nos ofrece toda una serie de consideraciones metodológicas sobre la revalorización de los libros proféticos para la teología moral.

El jesuita Maurice Gilbert es profesor de exégesis del AT y en particular de los libros sapienciales en la Universidad Católica de Lovaina y en el Instituto Bíblico de Roma. Dentro de su campo, nos ofrece aquí unas claves para la lectura de los libros sapienciales del AT, además de un interesante y breve capítulo inicial que intenta justificar el contenido de este libro estudiando las relaciones entre el Antiguo Testamento y la Moral Cristiana.

La obra se dirige, no a los exégetas profesionales, sino a los moralistas y en general a los teólogos y pastores, para los que el AT ofrece un mensaje que han de descifrar y traducir a la vida cada día.

J. R. Flecha

2) Teología Dogmática

Manuel Guerra, *Antropologías y Teología* (Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1976) XXII-558 pp.

Esta obra es un voluminoso compendio de las antropologías helénico-bíblicas y un estudio de su repercusión en la teología y espiritualidad cristianas. «El tema del presente estudio —afirma el mismo autor— no consiste en unas reflexiones acerca del hombre, sino en determinar qué es el hombre a juicio tanto de los helenos como de los hagiógrafos, autores del Antiguo y del Nuevo Testamento, empleando un criterio teológicamente insuficiente, aunque sea el único valedero para la crítica liberal».

A una primera parte de introducción general —*Antropologías y Teologías*—, en la que se hace una definición de términos y actitudes, tanto helénicas como bíblicas, ante el hombre, sigue una serie de tres capítulos dedicados exclusivamente a las diversas antropologías helénicas, que van desde el pluralismo antropológico de los poemas homéricos, hasta el dualismo antropológico que hace su primera aparición en el siglo VI a.C. con Pitágoras y Heráclito o la tricotomía psíquica de Platón. La corriente dualista, en un proceso ascendente y unificador, culmina en un monismo antropológico: espiritualista con Aristóteles o Materialista con Demócrito.

La tercera parte de la obra estudia largamente la antropología bíblica, intenta descubrir en sus múltiples corrientes, tanto su originalidad como los diversos influjos que sufre o integra. También aquí se estudian los síntomas de pluralismo antropológico, como la reciprocidad semántica «carne-espíritu» que sugiere un monismo vivencial, o la dualidad antropológica del cristiano renacido del agua y el espíritu para vivir de la carne y sangre de la Eucaristía.

La cuarta parte se detiene a estudiar las Antropologías con relación a las creencias escatológicas, especialmente a la relativa a la resurrección de Jesucristo y a la nuestra.

La quinta parte quiere relacionar las antropologías y escatologías con las diversas formas de espiritualidad. La dialéctica entre vida contemplativa y vida activa es estudiada tanto en relación con sus motivos teológicos como en sus manifestaciones históricas: san Benito, san Ignacio, Carlos de Foucault y la «mención aparte» que merece el Opus Dei, al que se presenta con abundantes citas de su fundador.

Los siete diversos índices finales son utilísimos para orientarnos en este maremagnum de datos y también para comprobar la ausencia de destacados autores, tanto de antropología helénica como de antropología bíblica o de escatología, mientras se cita abundantemente a docenas de autores desconocidos que no pueden presentar otro título que el de su afinidad a la corriente seguida por la obra. Para unos y para otros, el silencio adquiere categoría de homenaje, aunque bien diverso, por cierto, «*Amicus Plato, sed magis amica veritas*». ¿Era eso una constatación o un imposible anhelo?

J. R. Flecha Andrés

Adolfo González Montes, *Razón política de la fe cristiana* (Biblioteca Salmanticensis XV, Estudios 13; Salamanca 1976) 244 pp.

La Biblioteca Salmanticensis saca a luz una nueva publicación abordando con ella una de las fronteras más significativas de la reflexión teológica del momento: La Teología Política. La novedad se acrecienta con la incorporación a sus trabajos de un teólogo joven, hecho que también supone una garantía para el entendimiento de un fenómeno de los que justamente pueden llamarse de nuestro tiempo. En el trabajo se refleja esta connaturalidad espontánea del autor con el acontecimiento cultural sin las emotividades gratuitas de otros ya menos jóvenes, y sin las suspicacias avisadas de los ciertamente ya no jóvenes. La expresión se desenvuelve dentro de una sabia equidistancia entre la medida exacta del tiempo en que vivimos y la distancia neutralizadora del quehacer científico. Un quehacer científico en el que el autor demuestra su buena escuela y su excelente preparación investigadora y metodológica. Un sólido aparato científico, en su mayor parte de primera mano, marca paso a paso el desenvolvimiento de un discurso que no pierde por ello ni flexibilidad en la expresión, ni claridad en los conceptos. Aunque se sitúe en el marco de una colección científica el libro resulta asequible al gran público interesado por la teología.

Precisamente por ello, su inclusión en el género de los trabajos de la Biblioteca Salmanticensis, llamados «estudios», no favorece la identificación de su naturaleza. Su lectura nos sitúa más bien, en los ámbitos de una monografía descriptiva y articuladora de un movimiento de la reflexión eclesial, sobre el supuesto de una correlatividad interna que permite su tratamiento unitario. Este propósito se desarrolla entrelazando a un tiempo distintos momentos de la reflexión definidos por geografías y «climax» socio-eclesiales diversos, con la dialéctica de líneas y figuras de pensamiento diferentes que se han ido incorporando al irse ampliando la controversia. El autor no adopta una opción en la discusión aunque sí señala atinados correctivos críticos, particularmente en los finales de cada capítulo. El tenor de su intención parece, no obstante, dirigirse a ofrecer una relación orgánica del movimiento de la Teología Política con un criterio simplificador y relacionador. Lo que no quiere decir que la sucesión con que se presentan los tres capítulos fundamentales que componen el libro —teología política, revolución, liberación—, deba inducirnos a observarlos en línea de un proceso uniforme,

sino más bien en la de un proceso dispar en presupuestos filosóficos y circunstancias históricas. Estas diferencias, no obstante, arrojan alguna reserva sobre el modelo unívoco de análisis con que se confrontan composiciones como las de Metz, con las que provienen de autores americanos tales como R. A. Alves, G. Gutiérrez o H. Assmann.

La pregunta en suspense que surge de toda esta nueva experiencia teológica, y sobre la que gravita la expectación ante sus resultados, no parece ser tanto la de la politicidad o no politicidad de la fe, sino la de la posibilidad o imposibilidad de una nueva hermenéutica. El autor hace referencia en distintos lugares a este dilema de la ciencia teológica actual, aún cuando no se decide a terciar seguramente porque su pretensión queda más requerida por el otro propósito, como lo denucia en el mismo título dado a la obra. Alusiones a este punto quedan hechas también en la bella introducción del profesor Gómez Heras. Una hermenéutica que pase de la naturaleza a la historia. La gravedad de esta alternativa se presenta por doquier, particularmente en las elecciones que van tomando unos y otros: Metz con su declinación sobre la ética; los teólogos americanos con su insistencia sobre la acción como lugar teológico, con la significación de la teología como acto segundo que seguiría a la observación de la praxis. Aunque resulte ya casi anecdótico el señalarlo, se sigue echando de menos por parte de la teología el estudio de la función y la decisión políticas, con el fin de poder contemplar después desde fuera de ella. Resulta sintomático también que tan gran despliegue de producción teológica sobre la política, no haya apenas llamado la atención científica del profesional político.

Probablemente la dificultad por dar con una hermenéutica que todo el mundo saluda ya, esté en que bordeamos los límites de las antinomias clásicas de la condición humana: las fidelidades morales —pertenecientes al orden del discurso formal— y las fidelidades históricas —pertenecientes al orden inexacto, arbitrario y parcial de la acción. Un dilema que se balancea entre la cientificidad o acientificidad de los procedimientos históricos. Por eso, en la actualidad, la preocupación parece desplazarse del lado de la moral. En cualquier caso, el presente libro ofrece una luminosa y clara penetración por la historia de esta problemática que, aunque puede estar ya variando de sextante y cambiando ligeramente el signo de las tensiones que la motivaron, inicia en el proceso eclesial-científico más importante que se registra en nuestros días, de un modo competente y estudioso que tan en falta se ha echado en recientes momentos.

Gabriel Ferreras

J. J. Hernández Alonso, *La nueva creación. Teología de la Iglesia del Señor* (Lux Mundi 46; Salamanca, Edit. Sigueme, 1976) 522 pp.

En trece capítulos el autor nos ofrece un estudio, diríamos que fundamentalmente escolar —aunque con una bonita redacción— del misterio del ser de la Iglesia. Tras una «visión histórico-eclesiológica» del problema (I) el autor pasa a indicar el significado del término *ekklesia* (II) y pasa a continuación a describir la fundación y autocomprensión de la Iglesia (III), deteniéndose y dándole importancia capital al tema «el reino y la Iglesia» (IV), tema que va reapareciendo en otros momentos del libro. Una segunda sección constituyen los capítulos VI al IX donde habla de las imágenes de la Iglesia y en concreto de la Iglesia como «pueblo de Dios», «cuerpo de Cristo»

y «nueva creación». No creemos equivocarnos si afirmamos que el concepto clave para el autor es el de pueblo de Dios.

A continuación pasa a estudiar «las dimensiones o propiedades de la Iglesia» (X-XIV). El libro se termina con tres capítulos sobre «la estructura ministerial de la Iglesia», sobre «la Iglesia comunidad de santos» y sobre «la Iglesia en el mundo», a los cuales tres capítulos sigue un epílogo. Al final del libro y por capítulos ofrece una selección bibliográfica, bastante buena.

Hasta aquí lo externo del libro. El método es muchas veces una simbiosis entre el análisis o exposición de los resultados de la investigación bíblica y reflexiones más sistemáticas.

A nuestro entender habría que haber insistido más en el análisis de lo que supuso la *Mystici Corporis* y la situación en que se encontraba la eclesiología. Opinamos que en la *Mystici Corporis* se hallan ya algunos elementos importantes aunque un tanto en germen, del proceso posterior. Francamente nos extraña que a la hora de marcar la historia de la eclesiología no se dé ninguna relevancia a un autor que ha escrito tanto sobre ella como es Y. M. Congar. Y nos extraña también que a la hora de seleccionar autores test de la eclesiología postconciliar junto a Rahner, Schillebeeckx y Metz (éste por cierto no ha escrito directamente nada sobre eclesiología, sino tan sólo sus estudios sobre la «Teología del mundo» o sobre la teología política) se halla colocado como representativos a Ch. Davis, R. Adolfs o E. Bianchi.

Creemos que la nervatura del libro lo constituyen sus continuas referencias a la relación entre la Iglesia y el reino y su exposición de la Iglesia como pueblo de Dios. Así en cuanto al primer punto, en p. 134 indica: «queremos indicar, con otras palabras, que el pluralismo que se evidencia en la interpretación de la iglesia tiene su origen en gran medida, en la noción y explicación del reino». Concordamos con el autor, lo mismo que en su afirmación, en que una *identificación total* entre la Iglesia y el reino conduce a un triunfalismo eclesial «manifiestamente expuesto en algunas formas exageradas de describir a la Iglesia como prolongación de la encarnación de Cristo» (p. 149). El protestantismo ha achacado continuamente a la teología católica el haber exagerado la descripción de la Iglesia como prolongación de la encarnación de Cristo. Pero quisiéramos preguntar al autor si su estructura eclesiológica no se resiente de no asumir moderadamente la afirmación de que en cierto sentido la Iglesia es prolongación o cuasi prolongación del misterio del Verbo encarnado.

Esto a nuestro entender tiene importancia capital a la hora de valorar las diversas imágenes como se describe a la Iglesia. ¿No deriva de aquí el que el autor opte como imagen fundamental por la descripción de la Iglesia como pueblo de Dios? Creemos sinceramente que el autor no subraya suficientemente a lo largo de su estudio lo que llamaríamos *dimensión sacramental* del ser de la Iglesia, que corre parejas a la noción paulina de cuerpo de Cristo. En cuanto al capítulo «cuerpo de Cristo» creemos que hay que subrayar que es describiendo a la Iglesia como cuerpo de Cristo cuando san Pablo habla de la pluralidad de carismas en la Iglesia.

Nos ha parecido un capítulo bastante incompleto el dedicado a la Iglesia en el mundo. Nos extraña una falta de bibliografía de trabajos existentes aún en traducción castellana sobre el concepto mundo. Pero este capítulo, que juzgamos incompleto, es *test* de la opción metodológica del autor. La página 497 pudiera ser bien considerada como sintomática.

Antes de terminar esta reseña quisiéramos hacer una indicación fundamental: quinientas y pico páginas son muchas páginas para que otro teólogo no halle puntos que quisiera precisar de otra forma. Por eso no nos hemos detenido en una serie de detalles, donde hubiéramos formulado interrogantes al autor. Tan sólo hemos querido indicar lo que a nuestro juicio son las estructuras mentales claves del libro. Ponemos nuestros reparos, lo cual no significa sino ejercer una crítica con afán constructivo en orden a una profundización en el tema eclesiológico.

Un detalle que nos ha extrañado es que el autor no haya hecho el esfuerzo, dado que publicaba en castellano, de poner una serie de libros y de artículos, que se encuentran ya traducidos al castellano, en su edición castellana. Caso notorio son los artículos de la revista *Concilium*, citados unos en inglés y otros en castellano.

Miguel M.^a Garijo-Gueme

3) Teología Moral y Derecho Canónico

K. Hörmann, *Lexikon der christlichen Moral* (Innsbruck-Wien-München, Tyrolia, 1976) 1756 col. + LXIII pp.

El doctor Karl Hörmann es profesor numerario de Teología Moral en Viena y su obra es conocida a los lectores de habla castellana por haber sido traducida en 1975 por la Editorial Herder de Barcelona con el título *Diccionario de Moral Cristiana*. La obra que hoy presentamos es la segunda edición del original alemán, cuya primera edición se publicara en 1969.

La obra nos había parecido siempre de una audacia impresionante. No es nada fácil en estos días para un único autor redactar toda una enciclopedia que a lo largo de 250 artículos va recopilando toda la doctrina moral *católica*. Las sugerencias han debido ser numerosas en este sentido, de forma que la segunda edición que presentamos, incluye una larga lista de 38 colaboradores de lengua alemana. Entre ellos hay teólogos, religiosos y seculares, pastores, catequetas, educadores, padres, psicólogos y psiquiatras, políticos, funcionarios, médicos, juristas..., la mayor parte de ellos profesores de universidad o de escuela superior en Viena. La colaboración de este amplio equipo de trabajo ha enriquecido notablemente este «nuevo» diccionario. Hoy más que nunca es claro que la Teología Moral debe ser una ciencia de síntesis. En su dependencia está si no su grandeza, al menos su dignidad para el servicio.

En cuanto al método de exposición, los problemas no son estudiados en abstracto, sino que se conectan con su planteamiento inicial en la Sagrada Escritura y con su posterior desarrollo a la luz de la tradición y del magisterio de la Iglesia, al que se concede una gran importancia, gracias a las abundantes citas de las declaraciones y formulaciones doctrinales de los últimos papas y del Concilio Vaticano II. El nuevo equipo, sin embargo, ha logrado dar una mayor veracidad al título de la obra. Lo que parecía una enciclopedia de moral *católica* —ya habíamos subrayado más arriba— aparece ahora con mayor autenticidad como un Diccionario de moral *cristiana*. Véase, como simple ejemplo, el nuevo estupendo artículo sobre *Ética cris-*